



## EL ÁNGELUS

Murió el sol en su ocaso;  
la tarde septembrina está callada;  
suben, del infinito a las alturas,  
ruidos de paz en reposada marcha.

Un zagal, su ganado recogiendo,  
también al viento sus canciones lanza:  
— Trovador de los campos que inspiraron  
dulcísimas canciones en su alma.

La luz agonizante de la tarde  
perdió sus oros y tornóse pálida.  
Muy cerca, con sonido plañidero,  
llama a oración la voz de una campana.

El zagal se descubre y se arrodilla,  
pone sus ojos en suprema calma,  
sus labios se estremecen silenciosos  
mientras sus ojos vierten una lágrima.

¿Por qué reza y llora cuando el sol se oculta?  
¿Por qué de entre sus labios la canción se apaga?  
¿Por qué, pastor, en estas horas siempre  
rezas y lloras? ¿qué oculta tu alma?

¡Ah! Días lejanos ya, sobre su pecho  
hirió una pena con su dura zarpa...

¡tuvo una madre que mató el instante  
de darle, entre sollozos, una hermana!

Y la hermana voló también al cielo...  
y su alma se encrespó en fiera borrasca,  
al pasar de los días y las noches  
en perenne susurro de plegarias.

Uno y otro después, y muchos días,  
trajeron a su pecho una paz santa,  
una resignación de horas tranquilas,  
quietas, serenas, rumorosas, blandas.

Y él canta cuando el sol luce en la altura  
y cuando el día es alborada, canta,  
y los ecos sus cantos los repiten  
en el llano, en el monte, en la cañada.

Sólo cuando ya el sol se ha disipado  
y la noche en sus horas se adelanta,  
dirige su ganado hacia aquel sitio  
en que llama a oración una campana.

Y reza, arrodillado y silencioso,  
a igual compás que llora con el alma,  
mientras del horizonte en los confines  
la tarde muere, silenciosa y pálida.

JOSÉ GIJÓN MARÍN.

Dibujo de mismo autor